

contrario, en la primera fase de las Germanías se lucha en nombre de «¡Viva el Rey! ¡Viva Sorollal (uno de los líderes agermanados) ¡Mueran los caballeros!» (5). Es el mismo Carlos I quien, mediante cédula real, permite a los agermanados permanecer armados y defender sus intereses en la política municipal. Ahora bien, las etapas siguientes, al clarificarse la postura del Rey en favor de los nobles, tienen otro carácter, es evidente, pero en el origen de las Germanías no hubo un antimonarquismo, como existió entre los comuneros. Fue una lucha social, que enfrentó a la burguesía, los artesanos gremiales y los campesinos de tierra de realengo, con la aristocracia, los caballeros y sus vasallos, los mudéjares, por razón de las contradicciones de supervivencia que el sistema feudal estaba planteando con la entrada en una nueva sociedad de signo capitalista, burgués. En resumen, el principio del reinado de Carlos I tiene dos crisis complementarias: en Castilla, la lucha antimonárquica de las Comunidades, y en el litoral mediterráneo, la lucha social y civil concretada en la situación revolucionaria de las Germanías valenciana y mallorquina.

A pesar de estos móviles diferentes, ambas fueron a desembocar en la misma situación. La nobleza feudal castellana y valenciana se alía con la monarquía para reprimir el levantamiento popular, y desde entonces Carlos I tendrá amplios márgenes de actuación imperial, consiguiendo, como balance revolucionario, agrupar en torno a la Corona a la nobleza aristocrática, poseedora de gran parte de la tierra de cultivo y heredera del feudalismo.

El legado agermanado

Ciscar y García Cárcel, en su estudio sobre los moriscos y agermanados, dicen a modo de conclusión: «La situación subsiguiente a las Germanías puede resumirse en una continuación del sistema feudal, con aceleración reprimida de las mismas contradicciones que las motivaron (...), la burguesía consumó su traición a sí misma, lanzándose a un crecimiento sin desarrollo, la población superó pronto el trauma de los 12.000 muertos que Miguel García (6) atribuye a la revuelta en los dos frentes (...) la represión de los musulmanes por los agermanados fue, por diversos motivos, el único legado de las Germanías aceptado por los vencedores».

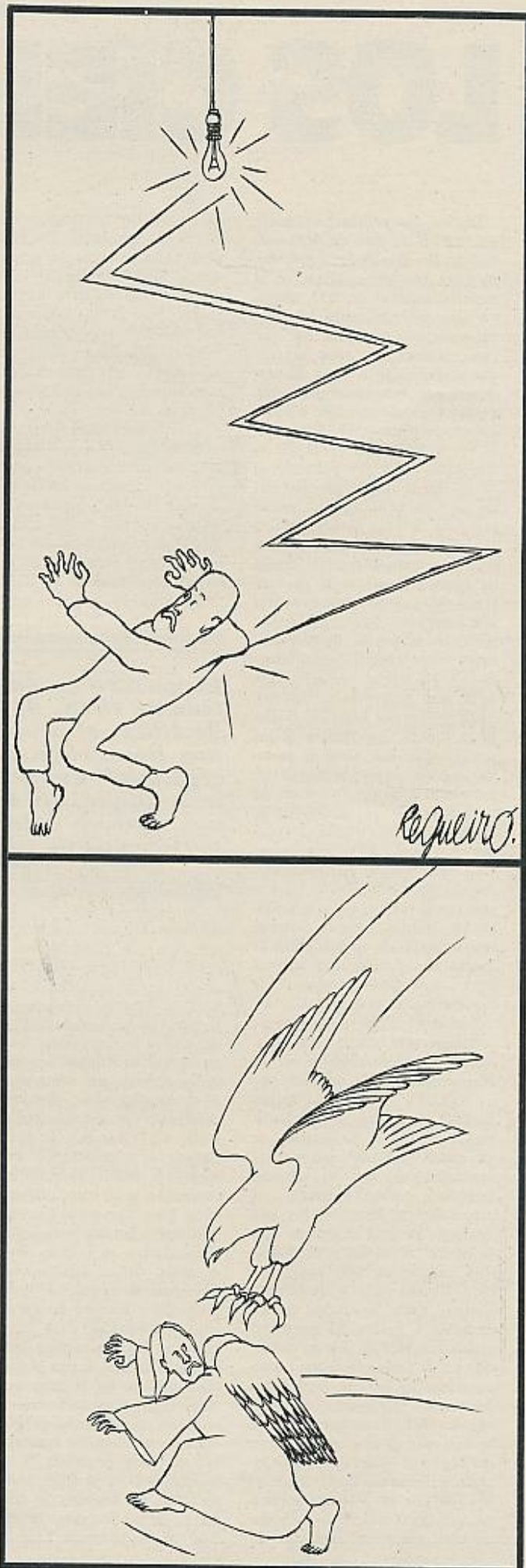
Dentro del proceso de lucha social y civil había un trasfondo relacionado con la religión y la fe que se profesaba: las minorías religiosas (en el Reino de Valencia no tan

minoritarias como a veces se piensa), en concreto los mudéjares, eran una de las fuerzas productivas más rentables para la nobleza feudal; extraños en una sociedad cristiana, considerados como infieles, como extranjeros, como Tercer Mundo medieval, admitirían vivir bajo las condiciones que fueran, con tal de que alguien los tutelase. La rivalidad campesinado cristiano-campesinado mudéjar estalló también en la Germanía. Junto al odio antimusulmán acumulado a lo largo del conflicto reconquistador medieval se había creado una nueva rivalidad: el musulmán quitaba puestos de trabajo a los cristianos, ya que los nobles los preferían por ser mano de obra barata y dócil. Por otro lado, desvalorizaban el mercado de trabajo, limitando a los cristianos el ascenso económico. Por lo que el odio antimusulmán ya no sólo tenía un contenido religioso, sino también económico-social. (De entonces viene el conocido dicho popular en nuestra Península, «Trabajar como moros». En Francia, remontándose menos en el tiempo, se «trabaja como argelinos».)

Los agermanados siempre que cogieron prisioneros mudéjares les obligaron a bautizarse, a convertirse en moriscos. Esta intransigencia religiosa fue continuada por la política imperial, que el 2 de enero de 1526 publica un bando en el que se «pone el 15 del mismo mes como fecha límite para convertirse al cristianismo o bautizarse, o ponerse en camino, so pena de cautividad y confiscación de bienes». Casi un siglo después, en 1609, sería decretada la expulsión de los moriscos para justificar la misión católica imperial, acelerándose la decadencia y extinción de la nobleza feudal.

En una sociedad con la sensibilidad religiosa tan susceptible, una figura como la del Encubierto, medio mesías, medio oportunista, ha sido sugerente y conflictiva. Desde presentarse en la ciudad de Játiva como nieto de Fernando el Católico, por ser hijo del príncipe don Juan y Margarita de Flandes, hasta decir que había sido ermitaño en la huerta de Valencia o judío converso procedente del Norte de África, hay todo un abanico de sugerentes interpretaciones, analizadas por Joan Fuster en sus «Rebeldes y heterodoxos». Por su filiación real muy bien podía ejercer el papel de oposición a Carlos I, actualmente reinante, también nieto del Rey Católico. Sus antecedentes monásticos, su lenguaje de predicador y evangelizador, su origen judío, le convirtieron en un mesías, en un esperado, que alentase y diese sentido a la «guerra santa» que se estaba llevando contra la causa musulmana. Este Rey Encubierto fue muerto en una de sus expediciones por Valencia, y con él se rendía Játiva, el último núcleo agermanado.

■ J. M. M. C.



(5) Fuster, Joan: «Nosaltres els valencians», pàgines 64-69. Barcelona, 1962. 2.^a edició. Edicions 62.

(6) Notario antiagermanado, que hace de cronista de los hechos ocurridos.